

Entrambos los crepúsculos clarean
Mientras al sol rodean
Ráfagas anchas de color sangriento,
Y al irse y al venir, su última tinta,
Ese triste color siniestro pinta
En el confin del azulado viento.

VIII.

¿Qué guarda ese rojizo cortinaje
En los remates de la luz prendido?
¿Un torbellino no hay que le desgaje
Si á alcance de los vientos va prendido?
Si es un vapor que se desprende lento,
Espeso y turbulento
De la esencia del sol, ¿en su camino
No hay solícito un ángel, cuyo brazo
Arranque de la luz ese pedazo
Que mancha al sol su resplandor divino?

IX.

Si es de los aires ilusion dudosa
Que la distancia en el azul suspende,
¿Por qué no pinta su ilusion de rosa,
Y no ese rojo pabellon que ofende?
¿Necio de mí, gusano de la tierra,
Que quiero lo que encierra
Saber el mundo en su invisible centro,
Y demando á su autor omnipotente,
Cuando nací á adorarle solamente,
Y para amarle por do quier le encuentro!

X.

Al hundirse la luz detras del monte
Sorbida entre las nubes y las breñas,
Lumbre vomita el trémulo horizonte,
Que en sangre tiñe las enormes peñas.
Faja de sangre, inmensa banderola
Que en su alcázar tremola,
El que hizo el mundo de ceniza vana,
Cual rojo lienzo que pirata osado
Desplega ante el bajel atribulado
Que á todo trapo por huir se afana.

XI.

Que era el sol un espejo transparente
Donde el Señor su creacion veia,
Y desde él derramaba omnipotente
Dulce vida de amor y de armonía.
Y hubo un instante en que amoroso quiso
Al hombre abrir su santo paraiso
Tras aquella existencia de ventura;
Mas á Dios usurpando su derecho
De deshacer lo hecho,
Sangre virtió la necia criatura.

XII.

La tierra se manchó: Dios, indignado
Quitóse del cristal, y su reflejo

Pintó la mancha y sombreó el espejo.
Volvió asimismo Dios al sol mandando:
"Tú seguirás rodando,
Su raza alumbrando, y que lidiando crezca,
La tierra empape con su sangre impura,
Mas cuando quede con la sangre oscura
No la reflejes mas, y que perezca."

XIII.

Dijo Dios, y cerróse en su santuario,
Y al rudo golpe que sus puertas dieron
La madre tierra con impulso vario
Monstruos sedientos de matar cubrieron.

XIV.

Nino, Nembrot, Sesostris y Cambises,
De sangre á Egipto con furor regaron;
Alejandro, Conon, Jerges y Ulises,
En sangre á Grecia sin piedad bañaron;
Grecia tragó al Egipto, á Grecia Roma,
Y en Roma, que desploma
Sus legiones do quier, y ansiosa apila
Montones de coronas sin cabezas,
Metió á pisar su gloria y sus grandezas
Su negro palafren el torvo Atila.

XV.

¿Y eso es la gloria y las hazañas eso!
Los héroes nacen, y la tierra tinta
Por do queda su pié con sangre impreso
La negra mancha en el espejo pinta.
Venid, guerreros, degollad sin tino,
Que el sol va su camino
La luz menguando sin cesar siguiendo,
Y cada estatua á vuestra gloria alzada
Es una sombra que la luz menguada
Del moribundo sol va carcomiendo.

IMPRESIONES DE LA NOCHE.

Hay pensamientos que en la mente viven
En un rincon de la memoria echados,
Cual los insectos que su sér reciben
De los arbustos á que están pegados.

Duermen al parecer, mas como aquellos
Al soplo de una brisa se levantan,
Crecen, vuelan, y al fin toman, cual ellos,
Formas medrosas que la vista espantan.

Hijas del miedo y de la fé contrarias,
Vagas visiones de la noche umbría,
Bullir las vemos en la niebla fria,
Nada en la esencia y en la forma varias.

Quimeras que hallan siempre en la memoria
Silenciosa mansion, gracias postizas,

Y que reciben faz, cuerpo é historia.
En los cuentos y error de las nodrizas.

Van con la noche, de la noche hermanas,
Y con murmullos infinitos suenan,
En las alas del viento van livianas,
Y el alma, el viento y el espacio llenan.

¿Paso, de cieno fábulas impuras!
Paso dejad al noble pensamiento,
Que anhela respirar auras mas puras
En el cóncavo azul del firmamento.

¿Piensas, turba de sueños impostora,
Hacerle por el miedo tu vasallo,
Como al són de la fusta cimbradora
Ginete admite el volador caballo?

Yo os recibí al nacer como ilusiones:
Si el corazon cobarde os dió aposento,
Hoy necesita, imbéciles visiones,
Todo mi corazon mi grande aliento.

Con la noche venís, y osais con ella
Turbar al corazon que en paz reposa;
Mas de la noche en el poder se estrella
Vuestro poder y ciencia mentirosa.

¿Paso! mis ojos en su azul tendidos
La paz que le robais otra vez hallan,
Y en los misterios de la fé perdidos
Vuestros misterios de impureza callan.

Para lanzar vuestra influencia impía
A la influencia celestial acudo,
Y de la noche silenciosa, umbría,
La solitaria inmensidad saludo.

I.

¡Salve! tienda magnífica, colgada
De polo á polo sobre el aire manso,
Del caduco universo destinada
A proteger el funeral descanso.
¡Salve á quien mora en la escondida altura
Detras de esa estrellada colgadura!
¡Salve á quien vela el agitado sueño
De esos gusanos que, á sus piés tendidos,
Manchan con sus alientos corrompidos,
La orla imperial del manto de su dueño!

II.

Sí, que á mis ojos se resiste en vano
De la insondable eternidad el velo,
Y yo veo, Señor, tu inmensa mano
Tras el azul del trasparente cielo.
Infinita, Señor, tu omnipotencia,
Infinito el abismo de tu ciencia,
Infinito tu sér, y tú infinito,
No hay mas que tu; y tu soplo poderoso
Que anima el mundo, presta generoso
Vida á la alma virtud, vida al delito.

III.

Que tú amasando el polvo de la nada
Con tu suprema voluntad un dia,
Diste al hombre esta espléndida morada,
Igual para el que fué y el que sería.
"¿Quieres vivir?—tu aliento es el espacio.
¿Quieres tener?—el orbe es tu palacio.
¿Quieres mandar?—al señalarle nombre
Puedes gozarlo é invadirlo todo.
Yo que á mi gloria te saqué del lodo
Fé y libertad te doy," dijiste al hombre.

IV.

Y el hombre fué; y el hombre envanecido,
Olvidando al Señor que le formara,
No partió por igual lo recibido,
Se armó insolente y le volvió la cara.
Oidos dando al corazon villano,
El hermano lidió con el hermano,
El hijo con el padre en torpe guerra
El alma en las entrañas se buscaron,
Y uno de otro en la sangre se bañaron
Por un pié mas de la heredada tierra.

V.

De tu obra entonces, gran Señor, corrido,
Ingrata viendo á tu mejor hechura,
Sobre el mundo tendistes ofendido
La espesa sombra de la noche oscura.
Volviéndote á tu carro rutilante
Empuñaste las bridas de diamante;
Tus cabellos de fuego se lanzaron
Por el espacio, y caminando á oscuras
El choque de sus recias herraduras
Miles de estrellas en su azul brotaron.

VI.

Al ceño de tu cólera divina
Los mundos con pavor se estremecieron:
Confundióse su esencia peregrina,
Y las miserias y la muerte fueron.
Brotó la tempestad. Sorbió el nublado
Las ondas de la mar, y desbocado
En hombros cabalgando de las nieblas
Su pedrisco do quier vertió sin tino,
Y borrando los lindes del camino
Tierra y mar embozó con las tinieblas.

VII.

¿Quién osará, Señor, en la memoria
La idea renovar de tu honda ira?
El mundo sabe la tremenda historia,
Y aun al mentarla de terror suspira.
La obra de tu poder atropellando,
Seguías tú la creacion cruzando,
Sin término, ni objeto, ni vereda,
Y tus ojos, Señor, relampagueaban,

Y las nubes errantes reventaban
De tu carro inmortal bajo la rueda.

VIII.

Todo cayó á tus piés; todo en pedazos
A volver se aprestó á su antigua nada;
Pero su polvo tropezó en tus brazos,
Y á ser tornó la fábrica empezada.
Te volviste á mirar sobre tus huellas,
Y al ver que de tus ojos las centellas
Lo iban todo á incendiar, compadecido
La noche hiciste, que tendió en el cielo
Su pabellon azul de terciopelo
Que en medio del zenit quedó prendido.

IX.

Tras él está velando tu pupila:
Mansa tras él la creación pasea,
Y el universo de terror vacila
A su gran resplandor si pestañea.
Las nubes con su luz se tornasolan,
El Oriente y Ocaso se arrebolan
Con sus puros y espléndidos colores,
Y á su dulce calor se alza indecisa
La perfumada y soñolienta brisa
Que susurra en la yerba y en las flores.

X.

¡Salve otra vez, magnífica cortina,
Que ante los ojos de tu Dios colgada
La lumbré de sus ojos te ilumina
Sobre el desierto del dolor plegada!
Yo sé en mi corazón, noche sombría,
Que es tu manto de rica argentería
Prenda de que nacimos sus vasallos;
Que al salpicarte Dios con tus estrellas
Nuestro orgullo alumbró con las centellas
Que brotan de los piés de sus caballos.

FE.

I.

"En manos del placer adormecido,
Sin otro porvenir que los placeres,
El oro y las mujeres
Mi solo Dios y mi esperanza han sido.
¡Lindas quimeras de mi edad pasada
Que me dejais el alma emponzoñada!
Decid, ¿dónde habeis ido?"

"Lancéme á los deleites avariento,
Goceé con ansia y apuré su hartura;
Mi Dios y mi ventura
Asentó en el placer mi pensamiento.
Otro esperar mi corazón no quiso;
Y hoy ¿dónde hallar el dulce paraíso
Que edificué en el viento?"

"¿En dónde estás, riquísimo tesoro
De placer y de amor, lánguida Elvira,
Con cuyo amor respira
Mi corazón, y cuya sombra adoro?
Elena, Inés... bellísimas traidoras,
¡Ay! ¿qué habeis hecho de mis dulces horas
Y mis montones de oro?"

"¿Qué he de hacer sin vosotras y sin ellos,
Solo afán ¡ay de mí! con que he vivido,
Solo Dios que he creído?
Fé de mi juventud, delirios bellos,
¿Qué he de creer de esperar ahora
Que tornándose van hora por hora
Mas blancos mis cabellos?"

"¿Y do encender la lámpara apagada
De mi dudosa fé, dó ir por consuelo,
Si yo del santo cielo
En el escrito azul no sé leer nada?
¿Si en su vieja impiedad endurecida
No vé tras dél el alma envilecida
Su fin y su morada!"

"¡Imposible creer! pero ¡ay! ¡cuán duro
En duda pertinaz ir caminando
Sin creencia esperando
Un negro mas allá nunca seguro!
¡Ay del que nada cree y en nada espera,
Y no encuentra una luz que alumbre fuera
De caos tan oscuro!"

"No, no me sé amparar del cielo santo,
Que perdón no tendrá tanto delito:
Del castigo infinito
Si me lo atrevo á imaginar me espanto.
¡Mejor es no creer! Triste es la duda,
Mas no hay puerto mejor adonde acuda
Por entre escollo tanto."

Así pensó el ateo, ¡y cuán en vano!
Que al olvidar su celestial esencia
De la tenaz conciencia
Dentro del corazón sintió el gusano.
Tornóse al cielo en su árida agonía,
Mas nada en él delectar sabía
Su corazón profano.

Ciego que sabe que la luz existe,
Que oye elogiar el resplandor del cielo
Y no le es dado desgarrar el velo
Que ante sus ojos á la luz resiste,
¡Mira! le dicen, y en su audaz deseo
Tórnase á ver y esclama: ¡nada veo!
Desesperado y triste.

"¡Mejor es no creer!" Y abandonado
Sin esperanza en brazos de sí mismo
Por el oscuro abismo
De la duda fatal va despeñado:
"¡Mejor es no creer!" Y en su agonía

Siente que llega el postrimero día;
Y ¡ay del si se ha engañado!

¡Ay del jardín donde las zarzas crecen!
¡Ay del palacio que las aves moran!
Y ¡ay de los siervos que piedad imploran
Cuando en presencia del Señor parecen!
Y ¡ay! ¡ay de los que cruzan el desierto,
Y no conocen el camino cierto,
Y en la mitad del arenal perecen!

II.

Espíritu blanco y puro
Que con tu fanal seguro
Por el lóbrego recinto
Del mundano laberinto
Mis pasos guiando vas;
Angel que invisible velas
Mi existencia, y me consuelas,
Y en la noche sosegada
A la orilla de mi almohada
Mi sueño guardando estás;

Tú que con alas de rosa
De mi mente calurosa
Benigno apartas y atento
El mundano pensamiento
Y la torpe tentación,
¡Ay! ¡nunca de mí te alejes,
Nunca en soledad me dejes
Sin que tu fanal me alumbre,
Y esa ruin incertidumbre
No me roa el corazón!

Espíritu soberano,
Tiéndeme siempre tu mano,
Y mi afán, mi pensamiento
Endereza al firmamento,
¡Oh espíritu tutelar!
Y en la noche silenciosa
Si brota mi fé dudosa
Alguna plegaria impía,
Con tu aliento de ambrosía
Purifícala al pasar.

Angel cuya sombra adoro,
Cuyo nombre santo ignoro,
Cuyo semblante no veo,
Y en cuya presencia creo,
Y cuya existencia sé;
Muéstrame el camino cierto
De este mundo en el desierto,
Y ¡guai que sin fin no vague
Y con los vientos se apague
La lámpara de mi fé!

A ESPAÑA ARTISTICA.

SONETO.

Torpe, mezquina y miserable España,
Cuyo suelo alfombrado de memorias

Se va sorbiendo de sus propias glorias
Lo poco que há de cada ilustre hazaña.

Traidor y amigo sin pudor te engaña,
Se compran tus tesoros con escorias;
Tus monumentos ¡ay! y tus historias
Vendidos llevan á la tierra extraña.
¡Maldita seas, patria de valientes,
Que por premio te das á quien mas pueda,
Por no mover los brazos indolentes!
¡Si, venid ¡voto á Dios! por lo que queda,
Estranjeros rapaces, que insolentes
Habeis hecho de España una almoneda!

IRA DE DIOS.

EL ANGEL ESTERMINADOR.

En un confin recóndito del cielo,
De una selva viviente circundado,
Dense y confuso misterioso velo
Que le tiene del orbe separado,
Hay un alcázar de azabache, oscuro,
Que en un hondo torrente ensangrentado
La sombra pinta de su inmenso muro
En contornos de sangre reflejado.

Jamás el aura de perfume henchida,
Que en los jardines del Eden raurmura,
En tal lugar estremeció perdida
Del rudo bosque la hojarasca dura;
Ni el sol radió con fugitiva lumbré,
Ni sonó por la lóbrega espesura,
Ni retumbó la cóncava techumbre
Mas que el rugir de la corriente impura.

El aire denso, sin color é inmovible
Que aquel recinto por do quier rodea
Hace el pavor de quien se acerca doble,
Y ¡doble el caos á quien ver desea;
Solo se alcanza entre las altas puntas
Que el recio vendabal nunca cimbreaba
Entre dos torres del alcázar juntas
Un faro que en la sombra centellea.

Ni sér alguno penetró el misterio
Que guarda allí la ciencia omnipotente,
Ni se sabe cuyo es aquel imperio
Donde nunca se oyó rumor de gente;
Ni arcángel sabio, ni profeta diestro
De este sitio alcanzó confusamente
Mas que la lumbré del fanal siniestro
Y el estruendo medroso del torrente.

En este bosque oculto y solitario,
En este alcázar negro y escondido,
Donde nunca llegó pié temerario,
Ni descansó jamás ojo atrevido,
Ni mas sol alumbró que el rayo rojo
Del fanal en sus torres suspendido,

Tiene el Señor las arcas de su enojo
Y el horno de sus rayos encendido.

Y allí vive un espíritu terrible
Que al són de aquellas aguas se adornece,
Y á los ojos de Dios solo visible
Al acento de Dios solo obedece:
Arcángel vengador, del cielo asombro,
Cuando deja el lugar do se guarece
El rayo ardiendo y el carcaj al hombro
Pronto á la lid ante su Dios parece.

Espíritu sin fin ni nacimiento,
La eternidad existe en su memoria:
El solo del sagrado firmamento
Entera sabe la infinita historia:
Y al solo ruido de sus negras alas,
A su sola presencia transitoria
Del firmamento en las eternas salas
Se suspenden los cánticos de gloria.

Aborto de furor omnipotente,
Arcángel torbo que las vidas cuenta,
Vela de Dios el arsenal ardiente
Y los ultrages del Señor asienta.
El carro guarda allí cuya cuadriga
Relincha con la voz de la tormenta,
Y allí está con su lanza y su loriga
La copa en que su cólera fermenta.

En ella hierve con fragor horrible
El ancho vaso hasta los bordes lleno,
El tremendo licor incorruptible
De las iras de Dios; y en su hondo seno
Se fermenta la esencia del granizo,
Y de la peste el infernal veneno,
Y el germen de relámpago pajizo,
Y el espíritu cóncavo del trueno.

Allí está el aire que el contagio impele,
El zumo allí de la cicuta hendida
La sed del tigre que la sangre huele,
Y de la hiena la intencion torcida.
Y allí bulle en el fondo envenenado
La única de furor lágrima hervida
Con que lloró Luzbel desesperado
Su venturosa eternidad perdida.

En aquel arsenal inespugnable,
Instrumentos de la ira omnipotente
Germinan en rebaño formidable
Las mil desdichas de la humana gente.
Y los vicios en torpe muchedumbre
Se apiñan á beber la luz caliente
De aquel fanal de cuya viva lumbre
Es el sol una chispa solamente.

De allí se lanza con horrible estruendo
A ejecutar la voluntad divina
El misterioso espíritu tremendo
Que en este aleázar funeral domina.
Arcángel fiero, portador de enojos,
Ase la copa, y por do quier camina

El aire inflaman sus airados ojos
Y las estrellas con los piés calcina.

Con él va la tormenta; el trueno ronco
Bajo sus alas cruje; desgrenada
De armas y quejas con estruendo bronco
La guerra detrás de él va despeñada:
Y asidas á las orlas de su manto
Van tras él con la muerte descarnada,
La peste, el hambre, y el amor, y el llanto,
Y la ambicion de crímenes preñada.

El espacio á su vista aparece
Y entolda su magnífica apariencia:
El disco de la luna se enrojece,
Y mancha el sol su fulgurante esencia.
Do quier las nubes que su sombra evitan
Se chocan y se chocan con violencia,
Y cometas do quier se precipitan,
Présagos ¡ay! de la fatal sentencia.

A su soplo la mar se encoloriza,
Y con gigante voz muge y atruena,
La planta de sus piés torna en ceniza
La limpia concha y la esponjosa arena,
El monte huella y la cerviz le inclina;
Pisa en el valle y de fetor le llena;
Y en la ciudad que á perecer destina
Vierte el licor fatal y la envenena.

Y ese el arcángel fué que inexorable
Lanzó al desnudo Adán del paraíso,
Y de su raza en él junta y culpable
Fijó á la vida término preciso.
El arrancó en el Gógota empinado
El ¡ay! postrero que exhaló sumiso
El Dios que de la mancha del pecado
Borrar la sombra con su sangre quiso.

El turbó la insensata ceremonia
Del pueblo santo ante el becerro impuro;
Sentenció á Baltasar y Babilonia
Con tres palabras que pintó eu el muro;
Inspiró al receloso Ascalonita
El degüello fatal, y abrió seguro
Nicho á Faraon, que con su gente habita
Del indignado mar el fondo oscuro.

El llevó el fuego de Alarico á Roma,
Llevó á Jerusalem á Vespasiano,
En una noche convirtió á Sodoma
En lago impuro y en vapor insano.
Rompíó las cataratas del diluvio
Cegadas al impulso soberano,
Y encendió las entrañas del Vesubio
Que busca sin cesar otro Herculano.

Y ese será el espíritu tremendo
Cuya gigante voz sonará un día,
Y á su voz de la tierra irá saliendo
La triste raza que en su faz vivía.
La creacion se romperá en sus brazos,
Y cuando toque el orbe en su agonía,

Cuando á su soplo el sol caiga en pedazos,
¿Qué habrá ante Dios? La eternidad vacía.

EL ESCULTOR Y EL DUQUE.

CUENTO

DEDICADO A LA SEÑORA DOÑA MATILDE O-REILLY DE ZORRILLA.

Nota del autor á su mujer. Empecé la publicacion de mis poesias conociéndote, y las concluyo con tu nombre. Madrid, Octubre 10 de 1840.

I.

Año de mas ó de menos,
Si no miente mi memoria,
Mil quinientos veintidos
Corren, y una tras de otra
Por la preferencia luchan
Las muy esquisitas obras
Con que un escultor de Italia
Admira á Sevilla toda.
Sin dar tiempo á que se olvide
La fama que uno le cobra,
Reputacion y caudales
Siempre la última le dobla.
Siempre dél espera el vulgo,
Y siempre el vulgo se asombra
Al ver al nuevo prodigio
De su mano creadora.
No hay rico que no le encargue,
Ni comunidad por corta
O pobre que sea, á quien
Una efigie no se rompa:
Y habiendo por precision
De buscar quien la componga,
Mas vale hacer otra nueva
Siquiera por la mejora.
Aquí tienen una Virgen,
Pero es de mano muy tosca;
Allí un Crucifijo, y bueno,
Pero la cruz es muy corta.
Acá un San Juan de rodillas,
¿Cosa estupenda! mas sobran
Dos líneas de la peana
Y nunca bien se acomoda.
Allá hay una Magdalena,
¿Soberbia estatua! ¿gran cosa!
Mas dicen que por desnuda
No es imágen muy devota.
Y así cada cual encuentra
Pretestos que le ocasionan
Del taller del Florentino
La visita rigurosa:
Y así su fecunda mano
Sin darse descanso brota
Para uno un San Aquilino,
Para otro una Dolorosa.
Y no es que maña ó agrado

Emplée, pues fama goza
Que dar crédito pudiera
Al pirata Barbaroja.
Alto, vigoroso, altivo,
Aire audaz, mirada torva,
Barba crecida hasta el pecho,
Aliento recio y voz ronca,
Mejor que artista, parece
Bandolero, y mas importa
Guardarse de él, que guardar
Sus estatuas primorosas.
Alcanza fuerzas hercúleas,
Cólera mucha y muy pronta,
Y son de largo sus hechos
Lo que sus frases de cortas.
No se acompaña con nadie,
Ni á nadie contó su historia;
Ni los valientes le arredran,
Ni á los que callan provoca.
Es con las damas cortés,
Y aunque frio con las mozas
No es con ninguna grosero,
Y retrata á las hermosas.
Es largo con los soldados,
Que las armas le enamoran;
Saluda siempre que alcanza
Las banderas españolas;
Y aunque con todos severo,
Jamás los chicos le enojan,
Aplande á los revoltosos
Y acaricia á los que lloran.
Lo mismo el sayo se ciñe
Que se revuelve la cota,
Lo mismo sacude el mazo
Que sacude la tizona.
Y sin que aperceba grande
Diferencia de uno á otra,
Lo mismo sierra un madero
Como una cabeza corta.
Estranjero, y sin su gente
Que en su lengua le responda,
Que le recuerde sus gustos
O le llote sus zozobras,
Ni conoce gerarquias,
Ni distingue de personas;
Jamás su trabajo lleva
Quien pródigo no le compra,
Ni tiene ni quiere amigos,
Que por esperiencia propia
Sabe que muy raras veces
Los que no cansan, no estorban.
Y si los negros recuerdos
De sus pesares le acosan,
Oscureciéndole el alma
Como tempestades torvas
Que con negros nubarrones
Al són del viento se agolpan,
Con la fatiga del cuerpo
Los duelos del alma ahoga.
Y el pensamiento en Florencia,
La ambicion puesta en su gloria,
Para vivir solo y triste
Todo lo demas le sobra.

II.

En un claustro de un convento
 Como á las tres de una tarde,
 Hay gran reunion de gente,
 Toda atenta y toda grave.
 Tornados tienen los ojos
 Todos á la misma parte,
 Los nobles y el populacho,
 Los soldados y los frailes.
 De cuando en cuando se escucha
 Murmullo y cortadas frases
 De los que no han visto y llegan,
 Y de los que ven y parten.
 Unos dicen ¡brava pieza!
 Dicen otros ¡cosa grande!
 Y se empujan y encaraman
 Los de atrás en los de alante.
 Uno alaba los contornos,
 Lo leve otro del ropaje,
 Otra las manos del niño,
 Otro el rostro de la madre.
 Quién dice que la cabeza
 Es un prodigio; admirable
 Dice otro que es la invencion,
 Citando reglas del arte;
 Y todos al par confiesan
 Que ella es de las mas cabales
 Obras, que á pública vista
 Se han puesto cien años hace.
 El que no entiende ve y calla,
 Y en ver hace lo bastante,
 Que al buen callar llaman Sancho,
 Y sobre ver esto baste.
 Lo mas que á alguno le ocurre
 De los muchos que *no saben*
 Es, volviéndose á algun monje,
 Preguntar: “¿Quién lo hizo, padre?”
 A lo que con voz sonora
 Dice satisfecho el fraile:
 “Se le encargó á un italiano,
 ¡Y es gran cosa! Bien lo vale.”
 Como quien dice—; *Se compra*
Porque no habrá quien lo pague!
 Y el vulgo que atento le oye
 Se queda á oscuras como antes.
 Fuése al fin disminuyendo
 La concurrencia, y la imágen
 Quedó cercada en el claustro
 De unos cuantos personajes,
 Todos ellos gente hidalga
 Si se exceptúan los padres
 Del convento, que les rien,
 Y lo que dicen aplauden.
 Mas entre todos hay uno
 Cuyo exterior respetable
 Decoran altas insignias
 Civiles y militares;
 Que con mirada severa
 Y desabrido semblante
 Mirando estuvo gran trecho
 La escultura venerable.

Y recogidos los párpados,
 Fruncido el ceño, fugándose
 Las miradas de los ojos
 Cual si mucho le pesase
 Que sospechen de la estatua
 Lo que piensa ó lo que sabe,
 Está en situacion confusa,
 Difícil, é inesplicable.
 Mostráronle una tras otra
 Las bellezas y bondades
 De la estatua, lo armonioso
 De la escultura y lo fácil;
 La expresion y el movimiento
 Del conjunto; y de las partes
 El desempeño y estudio,
 Todo á cual mas estimable.
 Mas él á las advertencias
 Contestando con señales
 De atencion poco espresivas
 Contemplábala el semblante,
 Y á fé que el de la Madona
 Era cosa de admirarse:
 Rostro peregrino y bello,
 En efigie cuanto cabe,
 Representóla el artista
 Sonriendo al tierno infante
 Que la colocó en los brazos
 A su pecho alimentándose.
 Reia el niño y mirábala,
 Sonreia ella mirándole,
 Y revelaban entrambos
 El placer mas entrañable;
 El libando de sus pechos
 Néctar dulcísimo y suave,
 Ella dándole la esencia
 De su purísima sangre.
 Y en situacion tan sencilla,
 Verdadera, é inefable,
 Que era imposible sin lágrimas
 A sangre fria mirarlos.
 Por último, anocheciendo
 Y necesaria faltándoles
 Luz, se apartaron del claustro
 Los hidalgos y los frailes.
 Cerraron cu dosamente
 La puerta con dobles llaves,
 Y hasta el pórtico salieron
 Tras el frio personaje,
 Que devolvió sus saludos
 Con atentos ademanes,
 Como quien tal los merece
 Y hartos en recibirlos hace.
 Quedaron en pié los monges
 Hasta que volvió la calle,
 Y él dió el brazo á un caballero
 Que deja que le acompañe.

III.

Cerraba espesa la noche
 Fria, y amagando lluvia,
 Por lo que aprietan el paso
 Y los embozos se cruzan.

Y entre el rumor de sus huellas,
 Entrecortada y confusa
 De los dos nobles á trozos
 La conversacion se escucha.
 “¿Qué os ha parecido, duque?”
 —Esquisita es la escultura.
 —Mucha atencion la pusisteis.
 —¿Lo echasteis de ver?
 —Sin duda.
 —Mas de una hora habeis estado
 Delante de ella.
 —Me gusta
 Y os lo confieso, marques,
 A estar hoy en venta pública.
 —¿Eso os detiene? pedidla.
 Vos sois en Sevilla. . . .

—Nunca;

Eso fuera prevalerme
 De mi posicion; segura
 Mi ganancia, y pues los monjes
 La obra encargaron, ya es suya.”
 Siguieron cruzando calles,
 Tomando señas en unas,
 Equivocándose en otras
 Como quien camino busca,
 Y al cabo de muchos pasos
 Y equivocaciones muchas
 Llegaron frente una casa
 De una callejuela oscura.
 “Aquí vive, dijo el duque
 —¿Quién?
 —Alabo la pregunta.
 —¿Me habeis dicho adónde vamos?
 —¿No?
 —No.

—Pues muy oportuna
 Es la ocasion para verlo.”
 Y á una violenta y ruda
 Aldabonada la puerta
 Estremecida retumba.
 Oyéronse en la escalera
 Pasos, y por las junturas
 Penetró la luz inmovible
 Con que por dentro se alumbran.
 “¿Quién es?” preguntó dulcísima
 Una voz suave que anuncia
 Una mujer, cuya forma
 Aun á la vista se oculta.
 “Hidalgos,—dijo el de fuera.
 —¿Y á quién los hidalgos buscan?
 —Al escultor Torrigiano.
 ¿Vive aquí?

—Sin duda alguna.”

Se abrió la puerta, y entrando
 Los dos hidalgos á una,
 Sus dos ánimas quedaron
 Estupefactas y mudas.
 Y aunque expresion muy diversa
 Muestran sus rostros, acusan
 Los dos el asombro interno
 Con que sus afectos luchan;
 Y á fé que asombro merece
 Lo que á contemplar se agrupan,

Lo que aun á creer no aciertan
 Pasmados de la aventura.
 Porque asida al picaporte
 Y á la luz trémula y turbia
 De una bujía, que al soplo
 Del aire brilla insegura,
 Delante sus ojos tienen
 Bella aparicion nocturna,
 De la Madona del claustro
 La exactísima figura.
 Aquel peregrino rostro,
 Aquella trenzada y rubia
 Cabellera, aquellos ojos
 Que al cielo el color anublan,
 Aquella sonrisa de ángel
 Tan celestial y tan pura
 Aquellos brazos tornátiles,
 Y aquellas manos menudas,
 Son ¡vive Cristo! las mismas
 De la divina escultura,
 Y ello será brujería,
 Pero ambas á dos son una.
 Mirábase el uno al otro
 Los hidalgos, y confusa
 Mostrábase ella, su espanto
 Sin saber á qué atribuya,
 Hasta que el duque el embozo
 Bajando, la faz ceñuda
 Mostró á la luz, y la niña
 Conociéndola se turba.
 “¡Hola! (dijo aquel subiendo)
 Mucho de casas te mudas.”
 Y ella contestó cerrando:
 “Ya veis, don Juan, que era mucha
 La esposicion de vivir
 A solas con mi fortuna.
 —¿Hém! dijo el duque lanzando
 Una tos seca y profunda,
 No es mala tu compañía
 Si mucho tiempo te dura.”
 Y mascullando otra tos
 Que la garganta le anuda,
 Llegó á una sala cuadrada
 Donde el Florentino estudia.

Púsose en pié el escultor,
 Y arrimando dos sitiales,
 Escusó ceremoniales
 Hablando en este tenor.

TORRIGIANO.

¿A qué fortuna merezco
 El honor de esta visita?

DUQUE.

A un señor que necesita
 Una obra, y os la ofrezco.

TORRIGIANO.

Acepto, si la sé hacer
 A gusto de esa persona.